

LA CHICA SOLO OJOS

CUENTO

ADOLFO MOTA

Más de una vez se había perdido detrás de un culo. Desaparecía la noción de tiempo y espacio y se dejaba arrastrar por el embrujo contoneante de unas caderas tan sinuosas como femeninas. Podía recordar montones de casos en que le había ocurrido lo mismo: olvidaba que estaba allí (en cualquier sitio), adónde se dirigía y por qué se dirigía y se iba hipnotizado detrás del primer trasero, movimiento de ping-pong, que se cruzara. El día que subió a un tren equivocado y el revisor no creyó que el culo, que la chica, que... y, en cambio, sí creyó que debía pagar la multa por viajar sin billete; aquél otro día que tenía que entregar un paquete antes de las diez y cuando pudo reaccionar era cuatro horas más tarde y el paquete no estaba, y aquel otro día que... Y el día cuando... Y una lista interminable de culos anónimos y días, de días-culo y él el anónimo perseguidor de las fechas ondulantes. Por eso cuando tenía que hacer algo concreto bajaba la vista y procuraba no mirar más allá de las punteras de sus zapatos. Así había conseguido superar en parte su problema, que no era tal porque, en el fondo, disfrutaba, y cuando el tiempo le venía de mano lo dedicaba al goce visual en la persecución de algún que otro undívago mapamundi femenino, claro. Los tabalarios masculinos no le llamaban en absoluto la atención y argüía que tenía suficiente con su propio fiador.

Era sábado, cerca del mediodía, hacía calor y no tenía prisa. Se proveyó de tabaco para el fin de semana y se dirigió a cualquier bar cercano con la intención de refrescar el gáznate antes de la pitanza.

No llegó a entrar en ningún bar, por cercano o lejano que pudiera estar. Se lo impidieron dos ojos, dos ojos enormes, enormes como platos, como platos ovales y negros, de un negro azabache, de un negro tan —como diría Malcom Lowry— oscuro como la tumba donde yace mi amigo. Se quedó paralizado unos segundos y después, como en trance sonambúlico, salió en pos de aquellos lisos de ébano, enormes, descomunales, desmesurados, magníficos, infinitos como el cosmos y seguro que titilantes cuando alguna luz se refleje en ellos; inmensos como un océano derramándose en olas de agua y sal. “¡Mira que si derrama lágrimas del tamaño de cada fanal!”. Pero qué va, son unos güellos sonrientes y simpáticos, increíblemente sonrientes, siete sonrisas por cada lucero, en total catorce sonrisas que te miran de frente. ¿De frente? ¿Pero qué estoy diciendo? Si no le he visto los ojos un par de segundos y sólo me muestra su dorso. Ni siquiera sé si son negros. Tiene gracia la cosa, es la primera vez que no me pica un trascorral y no puedo dejar de seguirlo. Qué irónico es el destino, dos rayos... negros delante y yo siguiendo su antífona..., aunque esto es lo normal. “La chica entró en la pescadería, el buscó la sombra, encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar. El calor iba en aumento. Diez minutos más tarde la chica salió, se dirigió hacia él, lo rebasó, y él emprendió la asefianza. “Son negros, ahora los he visto bien. Vaya quemantes que gasta la muchacha. Son como tizones ardiendo y tan grandes. Sobre todo lo de los tizones ardientes, más ardientes que el asfalto que voy pisando y que me está cociendo los pies. Y le titilan de una forma encantadora, me he fijado”. La chica entró en la carnicería, él buscó la sombra, encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar. En el erebo seguro que sopla el viento, pero

lo que es aquí. La chica salió después de tres cigarrillos y él volvió a abacorarla. Qué rotundos columbres y... ¿dije que siete sonrisas en cada uno? Al menos catorce en cada uno, en total veintiocho, o quizá treinta. Se diría que esta chica sólo tiene ojos y yo como un tonto detrás del tafanario, pero claro, sí, salvo a ratos, lo único que veo es el salvahonor... Pero menudo trasportín, ahora que lo guipo bien, vaya rulé tan ondulante y qué manera de agitar los cancos. Sin duda son las napas más sinuosas que he visto en mi vida. El autoservicio se tragó a la chica como una boca voraz. El se parapetó en alguno de los escasos rincones que aún conservaban sombra, encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar. El barómetro estaba a punto de reventar. Calles y calles y calles detrás de unos ojos que no he podido contemplar a gusto y este calor agobiante y este suelo abrasador y seguro que se me van a gastar las suelas de los zapatos, ¿que se me van a gastar?, que se me están gastando, que ya casi noto las suelas como una lonja de salchichón y las rugosidades del suelo clavándoseme en los pies, y la sombra que se está acabando y me voy a deshidratar. El autoservicio vomitó a la chica después de diez cigarrillos, al cruzarse con él sonrió y unos metros más allá se introdujo en otro establecimiento. El se quedó en el mismo sitio porque era el único rincón al que aún le quedaba algo de sombra. Me ha sonreído, me ha sonreído la chica de los visitantes terribles y el rabel tentador..., y seguro que no hay bullarengues de por medio. Qué calor, el barómetro debió estallar hace rato, y los pies seguro que ya rozan el suelo, y se me está acabando el tabaco y tengo la garganta más seca que un polvorón. Había cierto bullicio en la puerta, la gente entraba y salía continuamente, aunque, a intervalos, se palpaba un completo relajamiento en el local. Se le había acabado el tabaco y la sombra apenas existía, sólo esforzando la memoria era posible recordarla. Cuando, finalmente, descubrió que el lugar por donde había desaparecido la chica era una cafetería y que allí podría observar tranquilamente sus avizores y regalarse la vista con su traste al tiempo que refrescaba el gáznate con una cerveza bien fría y se encaminaba hacia allá con la intención de llevarlo a cabo la vio salir. Maldijo su suerte, maldijo la meteorología, maldijo algunas cosas más y se fue en pos de lo que ella tenía. La calle ahora era un verdadero horno. La veía ondularse a cada paso y, de tanto en tanto, ella volvía la cabeza y esbozaba una sonrisa. El la seguía totalmente hechizado, las intenciones que había tenido de desistir se desvanecían a cada paso y se esfumaba completamente a cada sonrisa. Y calles y calles y calles y los pies llenos de ampollas y la mirada fija en las asentaderas y, de cuando en cuando, los güellos negros y las sonrisas titilantes y. Hasta que la chica abrió una puerta, miró hacia atrás, sonrió y se introdujo en la casa”. ¿Y ahora qué? Aquí tirado en mitad de este bártro con la garganta como un calcetín de lana dos días después de haberlo sudado y los zapatos sin suelas y los pies sangrando y más de veinte kilómetros en las piernas y sudándome hasta las uñas y con una sensación de estulticia que no me la quita nadie y no puedo ni arrastrarme para salir de aquí”. Y, a ratos, dos ojos grandes y tremendamente negros como pozos miraban a través de la ventana.

ADOLFO MOTA